

Antonio de Ciudad Real

“De cómo llegó en la flota nuevo comisario general a la Nueva España, y de la pérdida de la nao almiranta con mucha gente della”

p. 373-375

Antonio de Ciudad Real

*Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes*

*Tomo II*

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156\\_02/tratado\\_curioso.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

Miércoles en la tarde, diez y nueve de octubre, se leyó la tabla del capítulo, y luego otro día se comenzaron a ir a sus casas los capitulares, alabando toda la tierra, así eclesiásticos como seculares, la rectitud, prudencia y equidad con que todo se había procedido. Despedidos los frailes, se quedó en Mérida el padre comisario con el provincial y difinidores a expedir y concluir algunos negocios, lo cual acabado, se fueron los difinidores a sus conventos, y él se detuvo en el mismo de Mérida hasta los veinticuatro del mes de enero del año siguiente de ochenta y nueve, que se partió para Campeche, y de allí para la provincia de México, por mandado del nuevo comisario general, que llegó a aquella tierra, como presto se verá. En este ínterin predicó en Mérida algunos sermones, así en nuestra casa como en la iglesia catedral, con grande aplauso de todos, porque de todos era querido y amado, y de todos estimada y tenida en mucho su doctrina, y recibió otra carta de fray Pedro de Zárate, escrita desde la Veracruz, en que le decía lo mismo, en sustancia, que desde Ocoa le había escrito, sin declarar si el padre que iba a los negocios de México era o no comisario general, y pedíale con mucha instancia se partiese para allá con mucha brevedad, porque importaba.

[CAPÍTULO CLVII]

*De cómo llegó en la flota nuevo comisario general a la Nueva España, y de la pérdida de la nao almiranta con mucha gente della*

Al fin de septiembre y por principio de octubre de aquel mismo año de ochenta y ocho, llegó al puerto de San Juan de Ulúa la flota de la Nueva España, que tan deseada había sido de todo aquel nuevo mundo, y aunque a todos causó alegría y consuelo muy grande ver que hubiese llegado toda en salvamento a vista de la isla y de la tierra firme, no fue, empero, cumplido este contento, sabiendo que no iba en ella nuevo virrey, que era lo que todo aquel reino generalmente deseaba y había menester. También se recibió pena y tristeza excesiva por la pérdida de la nao almiranta de aquella flota, que con un norte recísimo se hizo pedazos a la entrada del mismo puerto, en unos arrecifes, y por la muerte de más de ciento ochenta hombres de los que iban en ella, que perecieron a vista de todos, sin que los pudiesen remediar. Era cosa espantosa y de mucha lástima ver por aquella playa tanto cuerpo muerto, y no se podía dejar de sentir, y aun

llorar, ver a los pobres pelear con un enemigo tan poderoso como es la mar, ayudada por la furia y ímpetu del viento, el cual era tan recio y furioso, que, aunque se echaron muchos al agua pensando escapar a nado, ni los dejaba tomar tierra, ni hacer pie, antes a unos quitaba la vida sumergiéndolos, con otros daba en las peñas y los hacía pedazos, y otros morían miserablemente de los recios golpes que les daban los maderos que se desclavaban del navío; espectáculo por cierto muy triste y lamentable. Con todo esto, fue Dios servido que se escaparon el almirante y más de otras cien personas, con ayuda de muchos barcos que acudieron a remediarlos, aunque con mucho trabajo y peligro. Díjose por cosa cierta, como lo fue, que pocos días antes que sucediese este infortunio tan grande, un mozo de la misma nao comenzó a dar voces y a decir que se habían de anegar los que en ella iban y él con ellos, y que pusiesen enmienda en sus vidas, avisando a algunos de pecados públicos en que estaban, pero los de la nao hicieron burla dél, y teniéndole por loco le aprisionaron, más él no por eso dejaba de decirles que hiciesen penitencia, porque se habían de perder, pero no fue creído y la nao se perdió y con ella la gente referida, y entre ella el mozo que se lo anunciaba y predicaba.

En esta flota, en una nao llamada Santa Inés, fue por comisario general de todas las provincias de la Nueva España, sucesor del padre fray Alonso Ponce, el padre fray Bernardino de San Gebrián, de la provincia de la Concepción, el mismo que fray Pedro de Zárate había escrito desde Ocoa y desde la Veracruz, que iba a entender en los negocios de la provincia del Santo Evangelio, sin declararse más, como atrás queda referido. Llegó su nao al puerto, último de septiembre, y con él el custodio que la misma provincia había enviado al capítulo general, en el cual fue privado de la voz que llevaba, porque al tiempo de su elección estaba descomulgado el provincial que tuvo el capítulo, y la confirmó. Este mismo provincial, que era fray Pedro de San Sebastián, el cual se intitulaba (como dicho es) comisario de la provincia, tenía puesto en el puerto un fraile para que en llegando la flota, y sabiendo que en ella iba comisario general, fuese luego por la posta a México a darle aviso, el cual cumplió tan bien su mandato que luego entró en la nao en que iba el padre comisario, y habiéndose informado de presto de la verdad, se salió del navío sin hablar al nuevo prelado; y vuelto a tierra se dio tan buena prisa a caminar, que llegó a San Francisco de México el día de nuestro padre San Francisco por la mañana, estando los frailes en los oficios divinos; y por tan buena nueva como llevó, fue fama que fray Pedro de San Sebastián le dio una cruz de oro que valía cien pesos. Hallóse a la sazón en el mismo convento el virrey, que había ido a la solemnidad de la fiesta, y sabida esta nueva de boca de fray Pedro de San Sebastián, que luego muy alegre

se la llevó, mostró mucha alegría y contento, y aun, no pudiendo disimularlo, lo dijo y publicó en voz alta a los circunstantes, y por él, y por los frailes rebeldes, se comenzó luego a divulgar por toda la tierra, mostrándose todos muy ufanos, diciendo que habían salido con la suya, pues el padre fray Alonso Ponce no había ya de gobernarlos, y aun afirmaban que tampoco entraría jamás en aquella provincia.

## [CAPÍTULO CLVIII]

*De cómo el nuevo comisario general fue recibido por los frailes de la provincia de México, y entró en aquella ciudad y absolvió a los descomulgados, y desterró algunos dellos a Michoacán*

Luego como el nuevo padre comisario general tomó tierra en la Nueva España, fue recibido con mucha fiesta de otros frailes que fray Pedro de San Sebastián tenía puestos en la Veracruz y en la banda de Buitrón; y haciéndole grandes fiestas y recibimientos por todo el camino, llegó finalmente a Tlaxcalla, donde le recibieron los padres de aquella provincia, y le dieron la obediencia, tratándolos él a todos con tanta familiaridad, llaneza y sumisión, que dio ocasión a que los rebelados tomasen nuevas alas, y se comenzasen de nuevo a engreir, pensando que ya le tenían muy humillado y sujeto, y que habían de negociar con él a su gusto y hacer dél lo que quisiesen, y aun esto temieron muchos de los de dentro y fuera de la orden que celaban la justicia, y deseaban que se hiciese de los desatinos pasados, y permanecieron muchos días en este temor hasta que vieron que los comenzó a castigar, como presto se dirá.

Deseaba mucho el obispo de Tlaxcalla verse con el nuevo comisario antes que llegase a México, y procurólo con cartas y por otros medios, pero a instancia (según se dijo) del virrey, y por negociación de los frailes, y aun por ventura con cautela y astucia del mismo comisario, porque vía que así convenía, se fue derecho desde Tlaxcalla a México sin tocar en la Puebla de los Ángeles, donde estaba el obispo; lo cual aumentó algún tanto más el temor sobredicho. Hízosele en México por parte de los frailes el más solemne recibimiento que jamás se ha hecho a ningún otro comisario, y el virrey por la suya procuró atraerle a su opinión, y a que hiciese su voluntad en lo que tocaba a los negocios pasados; pero el padre